

Póngale el cuño

—Por Agustín TAMARGO—

—ODO el mundo comenta el artículo que le dedicó Vasconcelos al nuevo jefe de la Policía. Vasconcelos escribe como siempre claro y sin miedos. Ese día, sin embargo, su pensamiento desdibujaba. ¿Y por qué? Sencillamente por esto: porque Vasconcelos el periodista había llevado a su periódico, en un momento oportuno, un comentario necesario que todo el pueblo aplaudía. Pero Vasconcelos el funcionario se había situado al mismo tiempo frente a una interrogación: ¿cómo sería acogido?

A juzgar por los hechos, el propio general Hernández le envió una carta al director de "Alerta" agradeciéndole su artículo. El agradecimiento, en este caso, era una tácita comprensión de los puntos de vista allí expresados. Luego, el general Hernández cree, como Vasconcelos, que la Policía no es más respetada cuando más miedo inspira, ni más fuerte cuanto más tolerante es con ciertas actividades, sino que pesa más y es más útil al país, cuanto mayor es el grado de corrección y ejemplaridad con que se logra comportar.

—0000—

HABLEMOS en español: esto quiere decir que el auge alcanzado por el juego en La Habana y en las ciudades del interior, la tolerancia con el vicio y algunas otras conocidas transgresiones, es probable que sean borradas del mapa. El juego está un poco escamado. Si hay un sitio en que la palabra (o la expresión retórica: las declaraciones) han perdido toda vigencia, ése es Cuba. Pero aun así, ¿por qué no abrirle una carta de crédito a esas enmiendas que se apuntan tímidamente? ¿No es en cierto modo, una buena señal?

Vasconcelos, que es un ministro, considera que la Policía que tiene que hacer es "desarrollar una labor paralela al Gobierno". Es una manera tácita de decir que hasta aquí no lo ha hecho. Será justa o injusta. Pero no se puede negar que es muy oportuna.

—0000—

EL juego, en realidad, está acabando con La Habana. No hay vidriera que no tenga su libreta de apuntaciones. Las máquinas traganickeles campean por sus respetos. Banqueros como Amletto Battisti, Castillo y otros que todo el mundo conoce tienen monstruosas oficinas, con verdaderas "centrales" telefónicas, a través de las cuales succionan día tras día el jornal de los infelices. La venta de billetes ha descendido notablemente. Y las otras expresiones del vicio (prostitución, marihuana, drogas) no se quedan atrás. A dos pasos del Capitolio, el majestuoso Palacio de las leyes, pueden oírse con toda claridad aquellos famosos gritos que sacaban de quicio a Lomberto Díaz: "Oye, negrito, ven...entra...ven...".

—0000—

ESTO no es nuevo en Cuba. No hagamos demagogia. Pero tampoco nos callemos por miedo: nunca el juego había sido tan descocado.

Hasta la Iglesia Católica lo ha señalado. Sus campañas comenzaron tímidamente, pero han ido ganando en intensidad. A los foros de los Caballeros de Colón han seguido manifiestos, proclamas y declaraciones. La prensa de la combatiente Juventud Obrera Católica es francamente radical, como debe ser. Tengo ante mí uno de sus periódicos. Dice en un gran cintillo: "CONTRA LOS LADRONES DE UN SOLO BRAZO QUE ESTAFAN Y YA MATAN AL PUEBLO CUBANO. ¿HASTA CUANDO, SEÑORES? Y acto seguido, se narra el caso del obrero de las minas de Matahambre que se pegó un tiro después de perder en una de estas maquinillas el salario de toda una semana.

—0000—

DE todos modos, hay que tener presente que en un régimen, cualquiera que éste sea, hay siempre lo que se ve y lo que no se ve. ¿Qué de extraño tendría, pues, que el artículo de Vasconcelos y la subsiguiente carta del general Hernández hablaran de esa zona que no se ve y conllevaran algún propósito legítimo de rectificación? ¿Se perdería algo con extenderles una dispensa prudencial?

Después de todo, en cuanto emplee la marcha de verdad qué clase de jinete es el que se monta.